



联合国
粮食及
农业组织

Food and Agriculture
Organization of the
United Nations

Organisation des Nations
Unies pour l'alimentation
et l'agriculture

Продовольственная и
сельскохозяйственная организация
Объединенных Наций

Organización de las
Naciones Unidas para la
Alimentación y la Agricultura

منظمة
الغذية والزراعة
للأمم المتحدة

S

CONFERENCIA

39.º período de sesiones

Roma, 6-13 de junio de 2015

29.ª disertación en memoria de McDougall

Disertación en honor de Frank L. McDougall

pronunciada por el

Excelentísimo Señor Luiz Inácio Lula da Silva

ex Presidente de la República Federativa del Brasil

Excelentísimo Señor Presidente del 39.º período de sesiones de la Conferencia de la FAO, Sr. Wilfred Joseph Ngirwa; mi querido compañero José Graziano da Silva, Director General de la FAO; mi querida colega y compañera, Excelentísima Sra. Michelle Bachelet, Presidenta de la República de Chile; mi querido compañero, Excelentísimo Sr. Ibrahim Boubacar Keita, Presidente de Mali; Excelentísimo Sr. Commodore Josaia Voreqe Bainimarama, Primer Ministro de Fiji; querido colega y compañero, Excelentísimo Sr. Domingos Simões Pereira, Primer Ministro de Guinea-Bissau, y mi querido compañero, Excelentísimo Sr. Ralph Gonsalves, Primer Ministro de San Vicente y las Granadinas. Queridos amigos, Ministros, Jefes de Estado, delegados en el 39.º período de sesiones de la Conferencia y queridos compañeros y compañeras, me gustaría darles las gracias a todos ustedes por el honor de haber sido invitado por la FAO a pronunciar durante el 39.º período de sesiones de su Conferencia una conferencia en homenaje al Sr. Frank McDougall, uno de los principales inspiradores de esta Organización, que luchó por la causa de la alimentación en el mundo.

En verdad, este homenaje pertenece al pueblo brasileño, que ha sido capaz de superar con éxito el hambre y la pobreza en mi país. Es una oportunidad para recordar los lazos históricos que unen a la FAO y al Brasil, uno de los 44 países que fundaron esta gran Organización en la Conferencia de 1943. En el decenio de 1950, Frank McDougall trabajó codo con codo con Josué de Castro, uno de los científicos brasileños más importantes. Este hombre dedicó su vida a estudiar los orígenes y las causas del hambre en el Brasil y en el mundo, y escribió dos libros fundamentales sobre el tema: *Geografía del hambre* y *Geopolítica del hambre*. El pensamiento de Josué de Castro nos ha ayudado a entender que el hambre no es un fenómeno natural, sino un fenómeno social causado principalmente por la existencia de estructuras económicas desiguales. Josué de Castro nos advirtió de que el hambre y la guerra no obedecen a leyes naturales, sino que son en realidad creaciones humanas.

En enero de 2012 otro brasileño llegó a la FAO para brindar su aportación a la Organización: el Profesor José Graziano da Silva fue elegido Director General, lo que puso de manifiesto un amplio consenso entre los países por enfrentarse al hambre con mucha más seriedad. Nos complace enormemente que el compañero Graziano desempeñara su primer mandato haciendo honor al

Es posible acceder a este documento utilizando el código de respuesta rápida impreso en esta página. Esta es una iniciativa de la FAO para minimizar su impacto ambiental y promover comunicaciones más verdes.

Pueden consultarse más documentos en el sitio www.fao.org.



mn980

compromiso vital que le trajo hasta aquí: la lucha permanente contra el hambre y la pobreza extrema. Junto con otras organizaciones multilaterales, con los gobiernos y con la sociedad civil de muchos países, la FAO actuó de forma decidida para que el máximo número posible de países pudiera cumplir las metas de los Objetivos de Desarrollo del Milenio relativas a la alimentación. Son 72 los países que han satisfecho el objetivo de reducir a la mitad el número de sus habitantes que padecen hambre, y son 29 los países que han alcanzado la meta más ambiciosa de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación.

El año pasado, nos llenó de orgullo recibir la noticia de que el Brasil ya no se encontraba en el mapa del hambre. Esto quiere decir que estamos viendo a la primera generación de brasileños que no han conocido el drama del hambre. La experiencia del Brasil ha demostrado que desde luego es posible eliminar el hambre cuando la lucha contra la pobreza extrema se eleva al rango de política estatal con recursos garantizados en el presupuesto; cuando se combinan programas de bienestar social en materia de alimentación, salud, educación y apoyo a los pequeños y medianos agricultores; cuando se adoptan estrategias permanentes para la distribución de los ingresos, la creación de puestos de trabajo y crecimiento de los salarios. Por este motivo me gustaría compartir con todos ustedes el camino a través del cual hemos alcanzado este éxito.

Además de rendir homenaje a los fundadores de la FAO, también me gustaría destacar el trabajo de tres compañeros que, hace 12 años, soñaban con erradicar el hambre. Y, sin embargo, en estos 12 años, estas personas nos han ayudado a eliminar el hambre del Brasil.

En primer lugar, me gustaría rendir homenaje al compañero Graziano, nuestro Director General de la FAO, que dirigió la elaboración del Programa Hambre Cero incluso antes de que llegáramos al gobierno. Posteriormente llegó a ser el primer Ministro Extraordinario para la Lucha contra el Hambre. Dios sabe con cuánta acritud fue criticado por la prensa brasileña por haber dicho que los pobres necesitaban recibir transferencias de dinero en efectivo. Otro compañero al que también deberíamos rendir homenaje es el Ministro Patrus Ananias, ex Ministro de Desarrollo Social y Lucha contra el Hambre y actual Ministro de Desarrollo Agrícola, que participa en esta Conferencia. Y la compañera Tereza Campello, que es la actual Ministra de Desarrollo Social y Lucha contra el Hambre del Brasil: ella tiene la responsabilidad de coordinar el Programa de lucha contra el hambre, *Bolsa Família*, el programa de subvenciones a las familias, y el Programa Brasil sin Miseria, creado por la Presidenta Dilma Roussef. Quisiera rendir homenaje a estas tres personas porque hoy puedo venir aquí y testimoniar que sí se puede terminar con el hambre en el mundo. Es necesario que queramos hacerlo.

En 2002, año en que fui elegido Presidente del Brasil, 11 millones de familias sobrevivían con menos de un dólar al día. Más de 50 millones de personas pasaban hambre, casi un tercio de la población nacional del momento. Había niños sentenciados desde el nacimiento a padecer malnutrición y sus enfermedades y, si lograban sobrevivir, estaban condenados al estigma de la pobreza extrema y la exclusión social. Millones de madres y padres sufrían a diario porque no disponían de medios para conseguir pan para sus familias. En realidad, el gobierno solamente gobernaba para un tercio de la población; la gran mayoría quedaba relegada, como si no viviéramos todos en la misma patria. En mi discurso inaugural afirmé que habría cumplido la misión de mi vida si, al final de mi mandato, todos los brasileños podían desayunar, comer y cenar a diario. Nos preparamos para este reto viajando por todo el país, debatiendo con científicos y organizaciones sociales y estudiando las experiencias internacionales y locales. Y después desarrollamos el Programa Hambre Cero bajo la coordinación de nuestro querido José Graziano.

El Programa Hambre Cero es un conjunto articulado de políticas públicas coordinadas integradas por transferencias de renta, crédito a los agricultores, reforma agraria, asistencia sanitaria, educación, comidas escolares y formación profesional, entre otras muchas medidas. Dado que una estrategia tan amplia como esta solo podría funcionar con la participación de la sociedad civil, por eso creamos en el Brasil el Consejo Nacional de Seguridad Alimentaria, compuesto por diversos representantes de la sociedad brasileña. El Consejo dedicó sus esfuerzos a formular los programas y actualmente se sigue ocupando de su supervisión, la evaluación de los resultados y la preparación de nuevas estrategias de seguridad alimentaria.

El elemento más conocido del Programa Hambre Cero es *Bolsa Família*, un programa de subsidios familiares que aporta ingresos mensuales a las familias más pobres que cumplen las tres condiciones

siguientes: los niños van al colegio, se administran a los niños todas las vacunas y las mujeres embarazadas se someten a todos los exámenes médicos establecidos por la Organización Mundial de la Salud. *Bolsa Família*, es decir, “beca de familia”, está considerado como uno de los mejores programas de transferencia condicionada de ingresos del mundo y ayuda actualmente a 14 millones de familias, que equivalen a 54 millones de personas. La Presidenta Dilma Rousseff ha mejorado la estrategia y ha desarrollado un programa nuevo llamado *Brasil Sem Miséria*, es decir “Brasil sin miseria”, que aporta a las familias los ingresos necesarios para garantizar que permanecen por encima del umbral de la pobreza. Aunque resulte sorprendente, no nos hemos gastado mucho dinero en este programa.

Si un Presidente decidiera esperar a que el área económica de su Gobierno o su Ministro de Hacienda le indicara que hay fondos sobrantes a disposición, nunca conseguiría desarrollar un programa de transferencias de efectivo, porque siempre habría algún periódico diciendo que sería mejor gastar ese dinero en la construcción de una carretera. O alguien diría que es mejor invertir en la construcción de un puente. O alguien diría que hay otra prioridad gubernamental más importante que los pobres, porque existe una tendencia mundial a tratar a los pobres como meros datos estadísticos. No son más que una cifra, un número muy bonito, una estadística que se puede utilizar en campaña electoral. Pero una vez concluida la campaña, la estadística desaparece de la mente de prácticamente todos los ganadores.

Quiero demostrar que en el Brasil solamente nos gastamos el 0,5 % del PIB. Nos gastamos medio punto de nuestro PIB cuidando de 54 millones de personas que no ingerían calorías y proteínas suficientes para sobrevivir en nuestro país. El 0,5 % del PIB. Conseguimos el milagro de dejar de tratar a las personas pobres como simples datos estadísticos, como un número, una cifra. En lugar de ello, tratamos a las personas pobres como seres humanos, como hombres, mujeres y niños que tenían el mismo derecho a comer las mismas calorías que las que se podía permitir el hombre más rico del país. No hay duda de que esto es posible y que todo el mundo puede hacerlo, aunque se tarde un tiempo. Si no empezamos hoy mismo, solo podremos estar seguros de una cosa: aumentará el número de pobres en el mundo. Por tanto, tenemos una gran responsabilidad. El caso brasileño demuestra que el problema no es tanto la falta de dinero, sino la falta de prioridad.

La barrera más difícil que tuvimos que superar al ejecutar nuestro programa de protección social fueron los prejuicios de los medios de comunicación nacionales y de algunos sectores privilegiados de la sociedad. Sostenían que *Bolsa Família*, el programa de subvenciones familiares, fomentaría la apatía y la holgazanería, que la gente ya no estaría dispuesta a trabajar y decidiría vivir a costa del programa, que solo se trataría de repartir sumas ridículas a mendigos y que era una manera de convencer a la gente para que votase a Lula en las siguientes elecciones. La prensa dio una cobertura negativa inimaginable al Programa Hambre Cero. ¿Quién habría pensado que dar un plato de comida a un pobre habría causado tanta indignación entre los que pueden comer más de tres veces al día?

Esto era absurdo y nosotros teníamos toda la determinación de que el programa fuera un éxito. Los críticos dijeron entonces que el Gobierno tenía que anunciar una estrategia de salida, decir cuánto tiempo continuaría entregando dinero a los pobres y explicar cómo daría por concluido el programa. Y yo respondí: ¿cómo vamos a hablar de salida sin que los pobres hayan podido siquiera entrar? Muy bien. Nuestra obstinación nos aseguró el éxito y nuestra experiencia práctica puso de manifiesto la completa falta de justificación de las críticas. Sé que está sucediendo lo mismo en muchos otros países que están adoptando programas de transferencia condicional de ingresos. Por este motivo quiero explicar algunas de las lecciones que aprendimos en el Brasil gracias a la política de transferencia de ingresos representada por *Bolsa Família*, el programa de subvenciones familiares.

El programa no llevó a la holgazanería, como muchos afirmaban. Más bien al contrario: más del 70 % de los cabezas de familia que participaron en el programa tenían un trabajo estable, si bien sus ingresos no eran suficientes para vivir. El Programa *Bolsa Família* no sustituye al empleo ni a los puestos de trabajo. Complementa los ingresos de las familias para ayudar a las personas a romper el círculo de la pobreza. Asimismo, el ingreso básico garantizado libera la conciencia política de los ciudadanos que ya no se ven obligados a intercambiar su voto por un par de zapatos o por un kilo de frijoles, como sucedía habitualmente en el Brasil antes del Programa *Bolsa Família*. Una renta básica

es un derecho de ciudadanía que han conquistado quienes siempre habían sido olvidados en el Brasil. Con miras a garantizar este derecho de forma democrática, creamos un único registro nacional de las familias que vivían en condiciones de pobreza. Este registro nacional único está supervisado por la Fiscalía General del Estado y se actualiza constantemente.

Sr. Presidente, permita que me dirija a mis compañeros y compañeras de la FAO: si no disponen de un registro nacional serio y consecuente que puedan utilizar para localizar a la persona que vaya a recibir ese beneficio, pueden pensar que están entregando dinero a los pobres, pero en realidad, el dinero se quedará en manos de intermediarios. Este es el motivo por el que insisto continuamente en que uno de logros más extraordinarios del Programa *Bolsa Família* ha sido la creación de un único registro que nos aporta información directa sobre el lugar de residencia de los beneficiarios. El pago en sí se hace sin intervención humana. Se realiza mediante una tarjeta magnética emitida por un banco de propiedad del Estado sin ningún trámite administrativo ni intermediarios. Al tratarse de una tarjeta de débito, las personas que retiran el dinero no deben ningún favor a nadie. Reciben su dinero a través de estas tarjetas electrónicas y pueden hacer lo que quieran con él.

En otro tiempo, en el Brasil se distribuían cestas de alimentos entre los pobres: una caja con un kilo de sal, tres kilos de frijoles y dos kilos de arroz. Nosotros pensamos que lo mejor que podíamos hacer para garantizar la independencia de las personas que necesitan apoyo del Estado era darles el dinero en efectivo para que pudieran comprar lo que quisieran y en la cantidad y calidad que desearan. Entonces, hicimos algo diferente que las mujeres del Brasil me pedían: la tarjeta magnética o la tarjeta de débito que utilizamos se emite a nombre de la madre y no del padre por una razón muy sencilla.

Prácticamente todos los presentes estamos casados o conocemos a alguien que lo está, y todos sabemos que nuestras compañeras cuidan mejor de la familia y están mucho más comprometidas en ese cuidado. Creo que los hombres podrían caer en la tentación de tomarse unas cervezas en el bar con el dinero. Los hombres podrían pensar en gastar un dólar aquí y allá en cerveza, y este es el motivo por el que preferimos dar la tarjeta a las mujeres, porque sabemos que ellas comprarán cada día el pan y la leche que sus hijos necesitan para sobrevivir. El programa es un éxito total porque el 99 % de las tarjetas en el Brasil se dan a mujeres para ayudarlas a cuidar de sus hijos. Como resultado, las mujeres adquieren una nueva posición mucho más relevante y respetada en sus familias, así como en sus comunidades locales.

En última instancia, queridos compañeros y compañeras, la transferencia de ingresos a los pobres también es beneficiosa para el país en su conjunto, puesto que aumenta la demanda, el comercio, la producción y la creación de empleo. Genera un círculo virtuoso de desarrollo. Siempre cuento una historia sobre Guaribas, la primera ciudad del Brasil que recibió el Programa Hambre Cero. Guaribas es una ciudad muy pobre, situada en un estado muy pobre del Brasil. Tras haber comenzado a recibir el Programa Hambre Cero, apareció el primer signo de iniciativa empresarial individual. Una mujer abrió un salón de belleza y por primera vez las mujeres pobres de esa ciudad tenían suficiente dinero para ir a arreglarse el pelo. Hubo mucha gente que decía que aquellas mujeres no podían hacer tal cosa. Y yo decía que sí, desde luego que podían. Veían cómo las señoras privilegiadas acudían a diario al salón de belleza, entonces, ¿por qué no deberían ir ellas mismas una vez? De esta forma, una política de transferencia de ingresos permitió que emergieran miles de empresarios en el Brasil. Esta fue otra forma de demostrar que una transferencia muy simple de ingresos para los pobres permitirá el crecimiento de un nuevo sector de servicios en casi todas las regiones de nuestro país.

Otro aspecto importante fue el fortalecimiento de la agricultura. Ello revestía vital importancia porque la agricultura era esencial para la estrategia de seguridad alimentaria; el Brasil casi ha doblado su producción agrícola en los últimos 12 años. Las cifras que voy a exponer abarcan la agricultura en grande y pequeña escala; con todo, la financiación de la agricultura en el Brasil aumentó de 21 000 millones a 180 000 millones de reales brasileños, equivalente a 60 000 millones de dólares EE.UU.

No obstante, la reforma agraria fue aún más importante que el aumento de la producción y constituyó el factor principal del crecimiento de la producción, y aquí voy a referirme a mi querido José Graziano: su padre fue mi asesor cuando Graziano era ya catedrático en la universidad.

Fue su padre, que era un gran agricultor y estaba comprometido con los ideales humanitarios, quien inició el sueño familiar que llevó a su hijo a ser nombrado Director General de la FAO.

En estos 12 años transcurridos desde 2003, pusimos a disposición del programa de reforma agraria del Brasil 51 millones de hectáreas de tierra. Ello constituye el 51 % de toda la tierra que se ha puesto a disposición de la reforma en 500 años de historia del Brasil. Nosotros lo hicimos en 12 años. Logramos el 51 % de todo lo que se había hecho en quinientos años.

Como pueden imaginar, no fue una tarea fácil, pero conseguimos demostrar que es ciertamente posible hacerlo y ahora el Brasil cuenta con aproximadamente cuatro millones de explotaciones agrícolas en pequeña escala, que aportan el 70 % de la producción alimentaria que llega a las mesas de los trabajadores brasileños.

Estas fincas agrícolas medianas y pequeñas son las que abastecen nuestros hogares porque la agroindustria está más orientada a la exportación; el crédito concedido a los pequeños agricultores pasó de 1 000 millones de reales en 2003 a 10 000 millones en 2014.

Así pues, la tierra, la concesión de crédito, la asistencia técnica, el sol y la lluvia fueron todo lo que el país necesitaba para dar un salto cualitativo hacia la creación de la transferencia de ingresos a la población pobre del Brasil. También adoptamos un sistema muy eficiente de seguro de cosechas y una política de precios mínimos de compra a fin de ofrecer estabilidad y garantizar los precios futuros a los pequeños agricultores. Esto es importante porque, si el Estado no ofrece garantías a los pequeños agricultores, estos saldrán perdiendo cuando las lluvias sean abundantes y sus cosechas sean destruidas por inundaciones, y saldrán perdiendo cuando haya mucho sol y las cosechas sean destruidas por la sequía. En cambio, cuando consigan producir, los mercados no garantizarán un precio mínimo para sus productos y, en algunas ocasiones, casi tendrán que regalarlos.

Por consiguiente, el Estado ha acordado garantizar un precio mínimo de compra para que los pequeños agricultores sepan que nunca saldrán perdiendo, que podrán producir y vender sus productos.

También aprobamos una ley en el Congreso para crear un programa de alimentación escolar en el Brasil que distribuye almuerzos a 47 millones de niños cada día en las escuelas públicas de nuestro país.

Cada día, 47 millones de niños reciben al menos una comida al día en la escuela hasta que alcanzan los 17 años de edad, si no recuerdo mal. Con el objetivo principal de ayudar al desarrollo local, aprobamos la legislación por la que los gobiernos locales adquieren como mínimo el 30 % de los alimentos destinados a los almuerzos escolares a los pequeños agricultores locales con la finalidad de distribuir y aumentar la producción local de alimentos, y desarrollar un mercado local para que el dinero pueda circular en estas pequeñas localidades.

Este apoyo a los pequeños agricultores locales fue un logro extraordinario. Asimismo, invertimos en educación ambiental, ofreciendo incentivos, algunos de ellos financieros, para conservar los bosques naturales y el agua de manantial.

La compañera Ministra Tereza Campello, que está hoy con nosotros, es responsable de una revolución que se produjo durante la presidencia de Dilma Rousseff. El Ministro Patrus inició un programa que resultó ser tan eficaz que la región del Nordeste, la más árida del país, pudo construir más de un millón de cisternas de agua para recoger agua de lluvia, de forma que la gente pudiera disponer de agua potable. Se han construido 1 200 000 cisternas de agua. Han inventado algo llamado “cisterna de agua productiva”, capaz de recolectar un poco más de agua, de forma que las familias no solo puedan tener agua potable, sino también cultivar sus huertos o dar de beber a sus animales o ganado. Deseo el mayor de los éxitos a este nuevo programa.

Elaboramos otro programa muy importante denominado Luz para Todos. Un día, la Presidenta Dilma, que era Ministra de Energía, me presentó un documento en el que se mostraba que dos millones de personas en el Brasil no tenían acceso a la electricidad en sus hogares.

Le pedí que elaborara un programa que nos permitiera hacer llegar la electricidad a todas las familias. Había personas que vivían a 500 metros de una central hidroeléctrica y no tenían acceso a la

electricidad. Algunas personas nunca habían visto al Brasil jugar un partido de fútbol por televisión. Yo me había presentado a las tres elecciones anteriores a la Presidencia, las había perdido y algunas personas nunca me habían visto como candidato en la televisión.

Entonces decidí elaborar un ambicioso programa gubernamental llamado Luz para Todos. Sé que muchos de los presentes en esta sala habrán experimentado vivir en una casa donde la única fuente de luz era una lámpara de queroseno: nosotros en el Brasil la llamábamos *candeeiro*.

Tenías que llevar la lámpara a todas partes. La luz que emanaba era como la de una vela y las mujeres tenían que coser con ella aunque no pudieran ver casi nada. La gente tenía que vivir como si estuviera en el siglo XVIII y aún en la actualidad hay personas en muchas partes del mundo que viven a la luz de las velas.

Nosotros elaboramos un programa que recaudaba una pequeña tasa a los consumidores que podían pagar un poco más como parte de la factura de la electricidad. Con 28 000 millones de reales llevamos electricidad gratuita a las personas que viven en zonas remotas del Brasil.

Para darles una idea de lo que esto significó, les contaré la historia de una anciana de 70 años que nunca había visto una luz eléctrica y que se asustó de tal forma al encender la luz, que salió corriendo de su casa porque se deslumbró de tanta claridad.

Esta es una historia que he contado en numerosas ocasiones en el Brasil, pero que es la primera vez que les voy a relatar aquí.

Cuando dimos electricidad al hogar de una mujer que vivía en una zona muy pobre del Brasil, ella encendía y apagaba las luces sin parar una y otra vez. Cuando el marido le preguntó por qué encendía y apagaba las luces, respondió que lo hacía porque nunca antes había visto a su hijo dormido.

Historias conmovedoras como esta ilustran la grandeza de las políticas sociales que debemos desarrollar en nuestros países. Ofrecen a las personas que nunca han tenido nada en la vida la oportunidad de tener sus necesidades básicas cubiertas. Gracias al programa “Luz para todos”, se crearon cerca de 500 000 puestos de trabajo dando prioridad a las empresas locales porque la idea era generar y aumentar los ingresos en las comunidades locales.

Este milagro supuso que el porcentaje de la población con acceso a la energía se incrementara de un 78 % a un 97 %, alcanzando a 15 millones de personas.

Cuando comenzamos a desarrollar el programa “Luz para todos”, una vez más la gente expresó sus prejuicios, diciendo que Lula y el Gobierno solo pensaban en los pobres y no en los habitantes de las grandes ciudades.

Curiosamente, el 79 % de los hogares que tenían energía compró equipos de TV para sus casas, el 73 % compró refrigeradores y el 50 % compró otros aparatos eléctricos, equipos de diverso tipo y bombas de agua.

En efecto, se vendieron 2,4 millones de equipos de TV y 2,2 millones de refrigeradores solo gracias al programa “Luz para todos”. También instalamos siete millones de postes de electricidad, un millón y medio de transformadores y un millón y medio de kilómetros de líneas y cables eléctricos. Para darles una idea de lo que esto se significa: un millón y medio de kilómetros de líneas y cables eléctricos daría 35 vueltas a la Tierra.

Ninguna empresa privada, por más humanitaria que sea, hubiera hecho algo así, porque no habría sido rentable. Sencillamente era justo desde el punto de vista social y necesario desde el punto de vista ético y únicamente el Estado podría haber asumido esa responsabilidad.

Quisiera contarles sobre otro logro importante en el marco de los programas de transferencia de ingresos. Tal vez recuerden que a principios de 2008, en una época de crisis alimentaria, las personas comenzaron a manifestar su preocupación sobre los precios de la soja, otros productos alimenticios básicos y el petróleo, que eran muy elevados.

Al principio se culpó a China, porque ahora está de moda culpar a China de todo: los chinos eran quienes estaban comprándolo todo y era por eso que todo estaba tan caro. Pero luego descubrimos que

China no era responsable de esto. Los mercados de futuros tenían reservas de petróleo que eran bastante superiores a las de China y estaban comprando toda la producción de soja.

En última instancia, el mismo sistema financiero que había colapsado en 2008 estaba especulando con la producción agrícola en los mercados de futuros, causando muchos problemas a los países más pobres del mundo.

Por eso desarrollé un programa llamado *Mais Alimentos* (Más alimentos) y decidimos financiar la compra de maquinarias agrícolas para aumentar la producción de los agricultores en pequeña escala del Brasil. Increíblemente, gracias a este programa, se vendieron 58 000 tractores y 36 000 camiones utilitarios, así como miles de camionetas y furgonetas más pequeñas.

A través de este programa se vendieron unas 14 000 cosechadoras con tipos de interés muy bajos en planes de financiación a largo plazo, que era la única forma de que los pequeños agricultores pudieran acceder a financiación. El programa *Mais Alimentos* se extendió a África y América Latina.

No estoy seguro si ya han empezado las ventas, porque se tarda un poco desde que comienza el programa hasta que se realizan los trámites burocráticos. A veces el tiempo de espera es mayor que la duración de nuestro mandato. Esto lo sé porque he estado en Ghana hace poco y habían estado esperando financiación por tres años.

Sé que el programa se está introduciendo en otros países, a cuyos pequeños agricultores se les está dando el mismo tipo de financiación que en el Brasil. Decidimos hacer esto para ayudar a que los países adquirieran acceso a estas tecnologías.

Pueden preguntar sobre ello a los ministros brasileños presentes en esta Asamblea General. Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, Mauro Vieira, que se encuentra presente, está haciendo un seguimiento de este programa.

Estoy muy orgulloso de otro logro que hemos conseguido para asegurar que la juventud no tenga que abandonar las áreas donde vive: en 12 años hemos fundado 18 nuevas universidades federales públicas en el país, así como 148 campus. La Presidenta Dilma Rousseff ha puesto asimismo en marcha 365 escuelas de formación profesional con el objetivo de dar lugar casi a una revolución pacífica en que se respete a todos.

Hemos tratado de compartir los beneficios de nuestras decisiones con toda la sociedad brasileña en su conjunto. Gracias a esas nuevas universidades y escuelas de formación profesional, miles de jóvenes han tenido acceso a enseñanza superior por primera vez en sus vidas. También están ayudando a fomentar el interior del país y garantizar que los estudiantes no tengan que vivir en las grandes ciudades del Brasil en pésimas condiciones.

Como resultado de estas y otras políticas, además de aumentar la producción de alimentos, hemos incrementado los ingresos de los pequeños agricultores en un 52 % en poco más de 10 años. Todo esto ha contribuido al objetivo de luchar contra el hambre y la miseria. En 12 años el valor real del salario mínimo ha crecido en un 74 %. Los ingresos de las familias aumentaron un tercio y a razón de dos tercios en las familias más pobres. La oferta de crédito subió de un 24 % a un 57 % del PIB.

En su conjunto, el resultado de todas estas políticas es bien sabido —y José Graziano da Silva debería estar muy orgulloso de esto, porque fue uno de los creadores y promotores de esta política—: logramos sacar a 36 millones de personas de la pobreza extrema. Conseguimos que otros 40 millones cruzaran el umbral de la clase media y creamos 22 millones de puestos de trabajo formales en el Brasil.

Esto es el resultado de un conjunto de políticas centradas en demostrar que los pobres no son el problema. Si se adopta el punto de vista adecuado, los pobres forman parte de la solución para nuestros países. Si se presta un millón a una persona rica, ese dinero terminará en una cuenta bancaria. Si se prestan 10 dólares a una persona pobre, se ayudará a dar de comer, el dinero circulará y todos tendrán la posibilidad de participar. Este fue el milagro que realizaron nuestras políticas en el Brasil y yo estoy muy contento de ver ejemplos extraordinarios en casi toda América Latina y en otras regiones.

Evo Morales desarrolló en Bolivia un programa llamado “Embarazada”, que proporciona apoyo financiero a mujeres embarazadas o madres solteras, y se han desarrollado otros programas. Lo cual es toda una revolución para Bolivia, para las personas que nunca han tenido nada.

También sé que se están llevando adelante experiencias exitosas en África, por lo que me siento muy optimista sobre la resolución de este problema.

Es muy importante que la FAO funcione como un tipo de caja de resonancia para todas esas experiencias exitosas, de modo que podamos compartir con el resto del mundo los conocimientos adquiridos a través de las mejores prácticas.

Durante los Juegos Olímpicos celebraremos en el Brasil otra conferencia sobre la nutrición para el desarrollo como la que se celebró en 2012 durante los Juegos Olímpicos de Londres.

Queridas amigas, queridos amigos, los resultados logrados por muchos países en cooperación con la FAO, en el marco de los Objetivos del Milenio, son muy alentadores. Las cifras que maneja la FAO son extraordinarias, pero estas cifras siguen siendo pequeñas en términos relativos, ya que todavía hay 800 millones de personas que padecen hambre. Hemos reducido las cifras en 200 millones, pero lo cierto es que los que tienen hambre no pueden permitirse esperar. Tenemos que apurarnos. Paradójicamente, esta situación de urgencia ocurre cuando el mundo es capaz de producir muchos más alimentos de los que consume.

El problema no es la falta de producción de alimentos. El problema es la falta de ingresos para que las personas puedan comprar alimentos. Los dirigentes del mundo deben entender que la sequía y las inundaciones son fenómenos naturales, pero que el hambre es responsabilidad de la humanidad y debe superarse con carácter de urgencia.

Me puse muy contento en 2013 al tener la oportunidad de participar, junto a José Graziano y la Sra. Zuma, Presidenta de la Unión Africana, en un foro importante en Addis Abeba, a fin de firmar un compromiso para erradicar el hambre en África antes de 2025.

Me puse todavía más contento cuando me enteré de que el Comité de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Africana había confirmado este compromiso en 2014. Ahora que los Jefes de Estado y de Gobierno lo han aprobado y que el mundo rico y altamente desarrollado está dispuesto a respaldar este proyecto, realmente podemos soñar con terminar de una vez por todas con el hambre en África, así como en el resto de los países del mundo.

Quisiera concluir, queridos amigos, diciéndoles que en septiembre próximo, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, las Naciones Unidas asumirán un compromiso respecto de los Objetivos de Desarrollo Sostenible. El primer paso hacia el logro de un desarrollo social pleno es erradicar el hambre y la extrema pobreza. Este gran paso adelante demanda el compromiso de los ciudadanos y los gobiernos según el espíritu expresado en la Carta de Milán, que firmamos ayer.

Seguramente las organizaciones no gubernamentales tienen que desempeñar una función muy importante en las iniciativas contra el hambre y la pobreza —la extrema pobreza— a nivel mundial. Pero nuevamente debo hacer hincapié en que esta lucha requiere fuentes de financiación permanentes; por eso necesitamos una política del Estado para acabar con el hambre.

Es bien sabido que las personas muy pobres no se organizan en partidos políticos. No tienen sindicatos que los representen. No pueden participar en marchas. No cuentan con grupos de presión en el Parlamento. No hacen marchas de protesta. No tienen ni siquiera acceso a los medios de comunicación o apoyo de la prensa. Los pobres dependen de la visión política de los dirigentes del mundo y es por eso por lo que es extremadamente importante que apliquemos este enfoque.

El balance de los Objetivos del Milenio muestra que el hambre, la enfermedad y la malnutrición tienen una gran incidencia entre las poblaciones de Asia y África que viven en situaciones de conflicto, ya sean conflictos internos o guerras con otros países. En estas regiones el mapa del hambre y el mapa de la guerra se superponen, formando un panorama trágico. Esto nos recuerda que, donde hay hambre, no puede haber paz. Incluso en los casos en que la violencia no es una causa inmediata de pobreza, las guerras exacerban el sufrimiento de la población civil, especialmente de los más vulnerables.

El hambre y la pobreza también son las causas fundamentales más profundas del aumento de la migración de las personas, aquellas que han perdido la fe en el futuro de su propia tierra. Si deseamos construir un mundo seguro para todos, es mucho más eficaz atacar las causas fundamentales del hambre que centrar la atención en los efectos perversos de esa tragedia.

Nunca hemos estado tan cerca de hacer realidad el sueño de terminar con el hambre. Contamos con conocimientos científicos, antes inimaginables, que nos permiten producir alimentos en abundancia. Tenemos los recursos materiales y la tecnología para invertir y luchar contra la pobreza y el hambre en todo el mundo. Contamos con el argumento moral más poderoso, que es la tragedia que representan los cientos de millones de niños con hambre, y con experiencias que demuestran que el hambre, en efecto, puede superarse, como lo hicimos en el Brasil y como se ha hecho en muchos otros países.

Promover la seguridad alimentaria de forma saludable y sostenible desde un punto de vista ambiental es mucho más que un sueño: es una causa humanitaria. Una causa capaz de unir a personas, gobiernos e instituciones. Los primeros 25 años del siglo XXI podrían ser incluso el momento de construir un mundo más seguro para todos: un mundo libre de hambre y pobreza. Quisiera que todos ustedes, hombres y mujeres, delegados en este 39.º período de sesiones de la Conferencia de la FAO, comunicasen este mensaje a sus países: compartir el pan es el primer paso hacia la construcción de la paz.

Muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.